



PROVERBIOS MORALES

JON
JUARISTI

MARAGALL

El centenario de la muerte de Joan Maragall va a pasar, fuera de Cataluña, sin pena ni otra gloria que Gloria Pérez

UN indicio preocupante de que en España ni los gestores del Estado se toman en serio sus discursos sobre el patrimonio cultural común de la nación es la escandalosa ausencia, fuera de Cataluña, de actos conmemorativos del centenario de la muerte de Joan Maragall, que se cumplirá el próximo día 20. A nadie le debería extrañar que Cataluña se ensimisme cada día más en un nacionalismo propio cuando en el resto de España se percibe su cultura como algo ajeno, por no decir exótico. Las instituciones oficiales del ramo se preocupan más de oscuros ingenios extranjeros que tuvieron ocasionales contactos con nuestro país que de figuras como Maragall, uno de los cuatro poetas mayores del modernismo español, con Juan Ramón, Antonio Machado y Unamuno.

La única excepción a la norma del silencio ha sido la exposición que la Biblioteca Nacional importó de Barcelona y mantuvo abierta entre los meses de septiembre y noviembre. Una muestra con un planteamiento marcadamente catalano-céntrico, sin que esto suponga crítica alguna a la exposición en sí, que fue concebida en Cataluña y para Cataluña, y por un comisario catalanista, con independencia de que además sea un notable

especialista en historia literaria. Tampoco es cuestionable el papel de la importadora, Gloria Pérez Salmerón, directora (en funciones) de la Biblioteca Nacional, a la que no se sabe si se la escogió para el cargo por sus dotes profesionales, su condición de catalana o su extraordinario parecido físico con Carmen Caffarel, directora (en funciones) del Instituto Cervantes y asimismo catalana de nación, dicho sea a la manera cervantina. En cualquier caso, Pérez Salmerón ha resultado ser la mejor directora de la Biblioteca Nacional bajo el zapaterismo, y su iniciativa de llevar a la casa de Recoletos la exposición sobre Maragall, altamente encomiable, dado que desde el Ministerio de Cultura no surgía otra alternativa propiamente nacional. Al menos así, en palabras de Pérez Salmerón, se ha tratado de acercar por unos días Cataluña a España y España a Cataluña, objetivo también digno de alabanza, aunque no se haya conseguido y se expresara en el lenguaje de un catalanismo difuso que parece suponer que España y Cataluña son entidades tan distintas entre sí o más que Serbia y Croacia. Hipótesis que dudo que Maragall hubiera aprobado.

Joan Maragall (1860-1911) fue un poeta que su contemporáneo y amigo Unamuno, con el que disintió en no pocos extremos, calificó justamente de portentoso. Su catalanismo tuvo un sesgo bien distinto del virulento secesionismo de Arana Goiri —otro de su generación— y estuvo exento de los radicalismos de los nacionalistas catalanes de la época (entre ellos, su médico de cabecera, el doctor Robert, teórico de la «raza catalana»). Ante la situación y el futuro de España fue pesimista, pero no más que Unamuno y los del 98, y no se ensañó como éstos en una pormenorizada diatriba contra lo que no fuera castizamente sentido como propio. Nunca dijo de los castellanos nada equiparable a lo que Unamuno largó contra catalanes y levantinos, y su obra constituye, sin duda, una de las más razonables manifestaciones del regeneracionismo español. Es lástima que por estos pagos se le considere tan, digamos, exótico.